

## XIV

Acudí puntualmente á la cita: al siguiente día, á las dos de la tarde, me encontré en la calle de Laffitte. La portera, así que me vió, recordando mi propina, me sonrió con su sonrisa más graciosa, salió de su cuchitril y precedióme por lo escalera. Llegados al segundo piso, sacó del bolsillo una linda llavecita de acero, introdujola en una cerradura de Fichet, abrió, y apartóse para dejarme pasar.

¡Cómo latió mi corazón! ¡Cuánto padecí al penetrar en el misterioso recinto! ¡Debía ver aquellos lugares, testimonios de placeres, que yo solo debí conocer! Iba, por decirlo así, á tocar con la mano, su traición y su infamia.

Después de haber atravesado dos habitaciones, hicele observar á la portera:

—Pero esto está casi desamueblado.

—Ya os dije que esto es como un apeadero para la in-

quilina. Cuando viene, durante el día, se instala en el salón.

—¿Dónde está ese salón?

—Vedlo.

Empujé una puerta y entré.

Al pronto no ví nada; las persianas estaban cerradas y corridas las cortinas. La portera se acercó á una de las ventanas y la abrió. Miré con toda mi alma.

Figuraos, amigo mío, una piececita de unos cuatro metros cuadrados, *boudoir* más que salón, tapizada de raso negro acolchado con botones rojos de seda. Al rededor de la habitación y adosado á la pared, extendiase uno de esos inmensos divanes, que hemos importado de Turquía, tan bajos de asiento, que éste casi toca al suelo. Estaba tapizado de la misma tela que las paredes, y, como éstas, almohadillado con botones. Cubría el suelo gruesa alfombra y veíanse esparcidos acá y allá los cogines del diván á manera de asientos. Por todo adorno no había en las paredes más que unos cuantos espejitos de Venecia y algunas cornucopias estilo Luis XV, en cuyos candeleros quedaban aún unas velas de color de rosa á medio consumir. En el centro de la chimenea destacábase una reducción en mármol de la bañista de Falconnet, y á derecha é izquierda, dos grupos de Clodión, en *terra cotta*. Enfrente de la chimenea una estantería pequeña de ébano con incrustaciones de nácar, y en ella una copa de cristal de roca, llena de cigarrillos turcos, y unos cuantos libros encuadernados en piel roja, y cuyos títulos leí rápidamente. Eran, si mal no recuerdo, un tomo de Balzac, conteniendo: *Una pasión en el desierto*, y *La joven de los ojos de oro*; *La señorita de Maupin*, de Teófilo Gautier; *La Religiosa*, de Diderot, y la última novela de Ernesto Feydeau, *La señora de Chalis*.

Hé aquí, amigo mío, la descripción exacta de esta pieza. La originalidad del mobiliario, lo extraño de ciertos

detalles, no debían chocarme, sino cuando mucho más tarde, dirigí los ojos al pasado.

Después de visitar el salón, pregunté á la portera si había alguna otra pieza.

—Hay también,—me contestó,—un gabinete tocador.

\*  
\* \*

Procuré armarme de valor y entré, esperando hallar cualquier exentricidad mobiliaria.

Me equivoqué: el gabinete estaba apenas amueblado. En las ventanas, sencillas cortinas de percal persa; sobre una mesita de mármol, una jofaina de cristal de Bohemia, un peine de concha amarillo y una caja de polvos de arroz.

—Esta pieza no es muy grande,—me dijo la portera,—pero sí muy cómoda, porque tiene armarios.

—¡Armarios! Veámoslos.

Iba, sin duda, á descubrir algún misterio, encontrando ropas de uso que pudiesen servirme de indicio para saber quien era mi rival.

Pero, en vano, y con el pretexto de ver la profundidad de los armarios, me fijé muy bien en todos los rincones, pues no encontré ningún gabán, ni siquiera una americana.

En cambio, ví en una percha una especie de *peplum* (1)

(1) Manto bordado usado por las patricias en Roma. Dábase también este nombre al manto de las diosas Juno y Minerva.

antiguo, de cachemir blanco, forrado de satín rojo del mismo matiz que había visto en el gabinete, y una gran bata de raso negro forrada de satín gris perla.

Confieso esta nueva debilidad: no podía apartar la vista de aquellas ropas que, sin duda, pertenecían á mi mujer, y que estaban aún impregnadas de perfumes deliciosos. Creía ver en aquel *peplum* abierto, su busto admirable, su pecho bien modelado, su talle esbelto, sus redondas caderas tal como se me aparecieron una sola noche, en todo el esplendor de su desnudez. El raso amapola, ó el gris perla de la bata, harían resaltar la blancura de la piel y esparciría vigorosas sombras sobre su cuerpo adorable.

\*  
\* \*

Mi vagabunda imaginación iba más lejos aún: veía á Paula salir repentinamente de su *peplum*, como la odalisca de Ingres se destacaba de su cuadro, y avanzar, muda, palpitante, hacia aquél por el que me despreciaba.

¡Ah! ¡Cuánto hubiese dado yo por encontrarme en lugar de aquel hombre!

Creo que, si me hubiesen dicho en aquel momento: «Todo lo descubristeis y confundisteis á los culpables, perdonadlos y no uséis de los derechos que os concede la ley, y vuestra mujer será vuestra esposa y, por vos, vá á vestirse con el *peplum* que se ponía para otro; y se os unirá en el gabinete resplandeciente de luces y sedas; y serán vuestros sus besos, sonrisas y ternezas, durante una semana,

un día, una hora, serán vuestras todas las voluptuosidades con que soñásteis, ni cesar desde que os casásteis y que no pudisteis conseguir...» ¡Ah! ¡Es indigno! ¡Es cobarde! Pero lo voy á confesar ¡la hubiera perdonado!

Ya sé que no todo el mundo me comprenderá y muchos tendrán deseos de decirme: «No podéis amar ya á esa mujer; sabiendo lo que acabáis de saber y al descubrir su traición, el desprecio mató al amor.» Pero en ciertos casos el deseo sobrevive al amor y la posesión solamente mata al deseo.

Por lo demás, la impresión que experimenté en mi visita á la calle de Laffite, se desvaneció algunas horas más tarde: entré en posesión de mí mismo, y sólo me animaron desde entonces los sentimientos propios de un marido ultrajado, de un hombre cruelmente herido en su honor.

Pasaron dos largos días; dos días, durante los cuales Paula no parecía dispuesta á salir: sus recuerdos le eran tal vez suficientes y le ayudaban á esperar el momento de la próxima cita.

Por fin llegó la hora: la ví partir ligera y tranquila, y sin sospechar ni remotamente lo que me ocurría.

Apenas se alejó, bajé á mi vez. Diez minutos más tarde ya estaba yo en la calle de Laffite. Iba á seguir paso á paso el plán que me había trazado.

—Os pedí cuarenta y ocho horas para reflexionar,—dije á la portera.—Hoy estoy casi decidido. Solo que algunos detalles respecto á los muebles, me impiden alquilar de un modo definitivo vuestra habitación. Deseo colocar en ella algunos muebles y tapicerías, todo ello antiguo, y de ningún modo quisiera achicarlo ni cortarlo. Es, por tanto, preciso que yo sepa si cabe en el salón. He tomado las medidas exactas, y si no tenéis inconveniente, voy á tomar la medida de la altura de las paredes.

Para dar más valor á lo que decía, saqué de mi bolsillo un papel lleno de números.

A la portera le pareció mi petición lo más natural del mundo, y se apresuró á abrirme la habitación que yo trataba de alquilar, y, como estaba completamente vacía, no temió dejarme á solas con mis cálculos, y se volvió á su aposento.

¡Al fin quedé libre! Por la puerta que daba á la escalera iba yo á ver subir á Paula y detenerse en el descansillo. Sería posible que la esperase su amante y que saliera á recibirla. Si llegaba á suceder esto me arrojaría sobre él.

También podría ser que ella le esperase, y en este caso, en el momento en que él fuese á meter la llave en la cerradura, me colocaría yo frente á la puerta por prohibirle la entrada y pedirle explicaciones.

Al cabo de un cuarto de hora, oí ruido de pasos en las escaleras.

Entreabrí la puerta: no me podían ver, y yo veía perfectamente.

Era mi mujer. Subía de prisa y agitada, como si temiese que la siguieran ó tuviera deseos de llegar pronto: al atravesar el descansillo, se encontró tan cerca de mí, que sentí el rumor de su precipitada respiración. Inmóvil, sujetando la puerta con una mano y con la otra el corazón, que parecía querer escaparse del pecho, miré.

Sacó una llave de su bolsillo y abrió.

Nadie salió á recibirla: ninguna voz la dió la bienvenida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO

AGRA 1825 MORGHERI, MEXICO

Había sido la primera en llegar á la cita; el otro debía llegar más tarde, ó estaba ya en su sitio y yo no había sentido abrir.

Esta última conjetura debía ser la verdadera: pasaron tres cuartos de hora y muchas personas subían las escaleras, pero ninguna se paró en el descansillo.

No era posible que hiciesen esperar tanto tiempo á mi mujer.

Acudió en aquel momento a mi memoria el recuerdo del peplum forrado de satín color de fuego. A pesar de las tres puertas que me separaban de Paula, le ví quitarse su traje habitual y cambiarlo por voluptuosos vestidos. Durante esta operación, el frío se apoderó de ella y su carne se estremeció al contacto del satín; entróse apresuradamente en el gabinete forrado de raso, acercóse junto al fuego, colocándose sobre blandos cogines: el peplum se entreabría, la llama de la chimenea calentaba su hermoso cuerpo, acariciándolo con rojizos reflejos, que la iluminaban con cariño, y él, él, mi rival, nervioso, sobrecogido, se abalanzaba á ella y la cogía y estrechaba entre sus brazos.

Sí, yo veía todo esto con rabia insensata: me iba á precipitar para romper los obstáculos que me separaban de ellos, porque quería presentarme de pronto, sorprenderlos en medio de sus delirios amorosos, herirlos, matarlos.

Pero la razón me decía: Cálmate, sé prudente; antes de llegar cerca de ellos derribando todas las puertas, habrán tenido tiempo de ponerse á salvo, el ruido atraerá á los vecinos, te tomarán por un malhechor, por un loco, te detendrán y él se escapará... ¡él...! Sufre aún un instante; aguarda á que salga, y entonces. . ¡te vengarás!

\*  
\*\*

Esperé y pasaron tres cuartos de hora. Al cabo se abrió una puerta, después otra y llegó hasta mis oídos el ruido de las voces.

El la acompañaba. ¡Iba á verle! La puerta de entrada se entreabrió; apareció mi mujer, y mientras salía sujetando poco á poco la puerta desde dentro, la oí pronunciar estas palabras:

—Te prometo que pasado mañana, lo más tarde, vendré, y entonces haré por estar aquí más rato.

Me arrojé sobre ella: con una mano cogí con fuerza á mi mujer, con la otra sujeté la puerta, que aún no se había cerrado, y me encontré cara á cara con...

## XV

Juzgad mi asombro; me encontré en presencia de la señora de Blangy.

Aturdido, la miré sin poder hablar.

La condesa parecía, por su parte, estar muy conmovida.

Mi intempestiva llegada era causa, más que suficiente, de semejante emoción.

Se tranquilizó, no obstante, antes que yo, abrió de par en par la puerta, y se dirigió á Paula, que permanecía en el descansillo, diciéndola:

—Es tu marido, querida. Tan brusca ha sido su llegada, que no le habrás conocido. Ya no tienes excusa para marcharte tan deprisa.

Cuando Paula hubo vuelto á cerrar la puerta, se volvió á mí la condesa de Blangy, y me dijo, pero esta vez con la voz más natural del mundo:

—Me felicito, caballero, al recibirlos en mi humilde vivienda; tened la bondad de seguirme.

Como no contesté nada, dió el brazo á Paula y echó á andar delante de mí.

Las seguí y entramos en el gabinete.

Entonces pude hablar. Hubiese adelantado más con no desplegar los labios, porque no se me ocurrió más que exclamar:

—¿Con que estoy en vuestra casa?

—¿Lo dudáis?—me contestó riéndose.—¿Lo dudáis? ¿En qué casa pensáis entrar de esa manera tan rara? En la vuestra, tal vez, y confieso que sólo así se explicarían esos modales. Pues no, señor; estáis en mi casa y únicamente en mi casa. Os extrañará que yo posea dos domicilios. Pues es muy sencillo. En la calle de Caumartin me molestan sin cesar; siempre hay alguno colgado de la campanilla, y no tengo un momento de libertad. Aquí gozo de una tranquilidad completa; me encierro en este retiro, como los sabios se retiraban al desierto, para soñar. En este gabinete tengo todas las ventajas del campo: el silencio, el aislamiento, la calma, el reposo, y no padezco sus molestias, como son; el canto del gallo, los ladridos de los perros y el olor del establo. Arreglo mi vida, amigo mío, como me parece, y no dependo de nadie. Soy como un hombre.

Dijo todo esto de un tirón, sin descansar, con el objeto, sin duda, de aturdirme con su verbosidad y dominar la situación.

Detúvose para tomar aliento, y con una pasmosa habilidad se adelantó á las objeciones que yo hubiera podido hacerla y al asombro que hubiese manifestado.

—Os veo—dijo sonriéndose—dirigir, alrededor, miradas... recelosas, permitidme esa expresión. Os diréis que para retiro, este gabinete está demasiado lujoso, y que es muy extraño el mueblaje. Este gran diván circular, esos espejos de Venecia, esos grupos sobre la chimenea, confesadlo, os chocan un poco. Tened presente, querido señor, que si coloqué estatuas sobre la chimenea, en vez de po-

ner un relój, como es costumbre, es porque detesto lo que hacen los demás por rutina, y además, porque me gusta no acordarme de la hora que es. Este diván es un mueble delicioso, cuyo modelo tomé de uno que ví en la exposición universal, en la sección reservada á Turquía. Probadlo, reclináos un poco, y veréis qué bien se está. En cuanto á los espejos, me hubieráis dicho maravillas de ellos, á hacer su pequeña irrupción en esta casa media hora antes. Entonces, las bujías estaban encendidas, ardía el fuego y sus mil destellos se reflejaban en los espejos: esto estaba divino. Pero como yo pensaba salir de casa un momento después que Paula, y no esperaba vuestra visita, apagué el fuego y las bujías y permití la entrada del sol. Así que, esto, ahora no produce ningún efecto... Dispensadme.

Yo no tenía ninguna necesidad de que la condesa me pidiese perdón para el sol, porque no estaba resentido con él.

Por otra parte, ¿con quién lo estaba? Lo ignoraba. La condesa había conseguido aturdirme. Se me iba la cabeza.

\*  
\* \*

Mientras me hablaba del diván y de los espejos, mis ojos se habían fijado en los objetos que me designaba. También veía el famoso peplum, que tan detalladamente describí. Lo veía tirado sobre el diván y cerca del sitio donde estaba sentada Paula. Indudablemente pertenecía á la con-

desa de Blangy; ¡y pensar que su hallazgo me impresionó extraordinariamente! En mi delirio, había acariciado el raso, aspirado los aromas deliciosos que de él se desprendían y hasta llegado á soñar. ¡Lo que es la imaginación! Hubiera podido, en verdad, creer que la condesa adivinaba todos mis pensamientos.

—¿Admiráis mi peplum?—dijo de pronto.—Hacéis bien, porque es un traje muy cómodo para estar por casa.

Y esto diciendo, se levantó, cogió el peplum y se lo puso encima del vestido.

—¿Veis qué bien está?—continuó—á pesar de su anchura, dibuja admirablemente el pecho y los hombros. ¡Y con qué gracia caen los pliegues! Paula está encantada con este traje, y deberíais encargarle uno parecido. Yo la hubiera ofrecido éste, pero, por desgracia, no somos de la misma estatura.

\*  
\* \*

Y como yo hiciese signos afirmativos con la cabeza, añadió:

—Pero ¿os quedasteis mudo? En vano procuro daros ánimo con mis cariñosas palabras, porque no os dignáis despegar los labios. ¿Qué tenéis? ¡Ah, ya caigo!—añadió, después de reflexionar un instante.—¡Y no haberseme ocurrido antes!... Estáis furioso porque se os desobedeció, porque no se han cumplido vuestras órdenes. Prohibistéis á vuestra esposa que viniera á verme y ha vuelto. La seguis-

teis, por desgracia, y adquiristéis la prueba de que era cierta la desobediencia.

Al decir esto, se sentó, ó, mejor dicho, se medio echó en el diván, á mi lado, y continuó diciendo:

—Vamos á discutir un poco. Desde luego, por lo que á mí se refiere, debo declararos que no os guardaré rencor ni un sólo instante. Tenéis celos de todas las afecciones que siente vuestra esposa, á la que exigís que no ame á nadie más que á vos, y esto, cuando menos, es muy pretencioso, aunque nada hay en ello que pueda ofenderme. Cuando, hace dos meses, vino Paula á anunciarme la medida que adoptastéis con respecto á mí, y el ostracismo á que me condenabáis, exclamé: «¡Pobre muchacho, y cuánto te ama!»

Ya lo veis, soy buena princesa, condesa debí decir. Yo hubiera llegado á teneros mala voluntad si hubiese creído posible que llevaríais vuestra tenacidad hasta separarme por completo de mi amiga de la infancia, si no hallara un medio de desobedeceros; en una palabra: si yo no hubiese sabido vencer hábilmente la dificultad. «¿Se niega á recibirme?» —dije á Paula— «Sí» —me contestó suspirando.— «Pues bien, está en su derecho prohibiéndome llegar á la puerta de su casa; ¿y te prohíbe también que me visites?» —«Sí» —murmuró la pobrecilla, suspirando de nuevo.— «Es menester obedecerle, querida amiga: las órdenes de un marido son sagradas; no volverás á poner los pies en la calle de Caumartin. Pero seguramente no te prohibió ir á la calle de Laffitte, puesto que no conoce mi casa de campo, mi *buen retiro*. Irás allí dos ó tres veces á la semana á pasar una hora en mi compañía. Cerraremos las persianas, encenderemos las bujías, nos reclinaremos en el gran diván, fumaremos cigarrillos turcos, y diremos de tu marido todo lo malo que nos pueda sugerir nuestra venganza de su ferocidad. Esto será divino». He aquí, señor mío, lo que nos hemos atrevido á hacer. Si somos culpables, coged uno de esos almohadones y ahogadnos con él,

como se hace en Turquía; eso tendrá color local. Si, por el contrario, nos perdonáis por tenernos cariño desde que estuvimos en el convento, y el no poder vivir separadas, abandonad ese aire tétrico que me recuerda á Barba Azul, y aceptad este cigarrillo turco.

Y así continuó hablando durante más de media hora. Cuando nos separamos de ella, ni Paula ni yo habíamos podido hablar ni una palabra, lo cual no impidió que nos dijera:

—Podéis volver á visitarme en mi retiro, que de fijo no albórotaréis con el ruido de vuestras voces. No lo censuro, pero sois muy discretos y reservados.

No faltaba más, sino que nos lo echara en cara. ✓

## XVI

Y bien, amigo mío; ¿que os parece? ¿No debía estar satisfecho? Las dudas que me hicieron sufrir por espacio de ocho días, habían desaparecido como por encanto. Mis celos, no tenían razón de ser. Era evidente que la condesa de Blangy decía la verdad: aquella habitación la habrá alquilado para hacer vida de hombre, como ella decía. Ninguna de sus excentricidades podía asombrarme ni extrañarme. La había amueblado á su manera y cuando recordaba mil detalles, me extrañaba no haber pensado en ella, desde que, por primera vez, fui á ver á la portera. Aquel mueble de raso negro con botones de color de fuego ¿no tenía su igual en su salon de la calle de Caumartin, ¿Muchas veces, no la había yo oído quejarse de que los hermosos divanes turcos no fuesen adoptados por nuestros tapiceros parisienses? ¿Y aquellos libros artísticamente colocados y vistos en su casa anteriormente ¿por qué no me hicieron reflexionar? Mi mujer no era culpable, como habrá dicho muy bién la señora de Blangy, más que de

haber eludido espiritualmente mis órdenes. Yo no podía quejarme en sério de ningún agravio nuevo, porque la verdad era que el antiguo continuaba latente. Hallabame siempre en el mismo punto.

Y, no obstante, creedlo, fui presa de mortal tristeza, de una melancolía más intensa que la de antes. Durante ocho días mis celos distrajéronme de mí dolor y no soñaba más que muertes, duelos y venganzas.

He aquí, que, de pronto, descubro que los celos no tenían razón de ser y que debía abandonar todos mis proyectos guerreros para volver al *statu quo*.

La idea fija volvió á apoderarse de mí y á ponerme cara á cara con el enigma que me torturaba sin cesar.

Las distracciones mundanas á que apelé para distraerme no me dieron resultado. Hacía ya mucho tiempo que había roto mis relaciones con la mujer de que os hablé antes: semejantes relaciones me repugnaban y hastiaban: el remedio era peor que la enfermedad.

Ocurrióseme la idea de viajar. «El movimiento, el ruido la vista de nuevos horizontes, la necesidad en que me vería de ocuparme de infinidad de detalles, de hablar de cosas indiferentes, de hacer vida activa, me sentarán bien, me decía. De todos modos si yo no soy dueño de mis pensamientos, si los llevo conmigo, y me torturan crueles recuerdos, saldré, al menos, materialmente, del ambiente en que hoy vivo, y esto es algo»

\*  
\*\*

Mis preparativos de viaje, no fueron largos. ¿Que dejaba yo detrás de mí? Una sola persona; que llevaba mi apellido, y esta era precisamente de la que me quería separar.

¿Era posible que aún alimentase alguna esperanza? Me dije que este viaje le haría reflexionar: mi vida á su lado era insoportable y quizás por otra parte decía el proverbio la ausencia me daría la razón. Mi ayuda de cámara, después de prepararme las maletas, se había retirado y yo ponía en orden algunos papeles, cuando se presentó mi mujer:

—¿Con qué es verdad?— me dijo.— ¿No me habían engañado?

—Ya lo veis.

—¿Sin prevenirme?

—Os hubiese dicho adiós, pero me pareció que era poco conveniente emocionaros anticipadamente.

Paula aparentó no fijarse en lo que tenían de irónico estas palabras. De pié en la chimenea, apoyado el codo sobre el mármol, mirábame en silencio mientras hacía los últimos preparativos de viaje. De pronto lo oí murmurar:

—Sí, puede que eso será lo mejor.

Dejé el neceser de viaje que tenía en aquel momento en la mano, y me acerqué á ella.

—¿Os parece que obro bien alejándome?— le dije.— Mi presencia os molestaba; ¿verdad?

—Interpretáis mal mis palabras; respondiome con dulzura:—muy diferente era mi pensamiento y no tenía nada que pudiese ofenderos.

—¿Creeis qué este viaje cambia vuestras disposiciones respecto á mí?

No respondió á esta pregunta muy directa, sin duda, hasta al cabo de un momento que me dijo:

—Estamos en invierno. ¿no teméis al frío?

—No; me dirijo al medio día.

—¿Cuándo pensáis regresar?—me preguntó.

—Cuando seais para mí lo que debéis ser.

Esperé á que contestara: «Soy una compañera cuidadosa, una amiga fiel, intento haceros agradable la vida, mi mi caracter es encantador, mi genio siempre igual.

¿Qué tenéis que reprocharme? «Y en ese caso, antes de partir, que hubiese dado la satisfacción decirle» Yo no me casé para convertirnos una señora de compañía y admirar vuestro carácter. Rindo homenaje á vuestras cualidades intelectuales, pero no me molestaría seguramente, conocer de un modo más íntimo las demás cualidades» En fin, yo la hubiera dicho esto y, es más, estallado, lo que siempre sirve de alivio.

No me dió pretexto, fuese porque temiese mis palabras y la escena consiguiente, fuera porque verdaderamente tuviese conciencia de los agravios que me infiriera.

Permaneció sin embargo, en mi cuarto sin intentar alejarse: seguía con la mirada todos mis movimientos. En sus ojos traslucíase simpatía y tristeza.

Al cabo, dije:

—Es la hora de partir.

\*  
\* \*

Llamé, hice bajar el equipage y pedí un coche. Mientras ejecutaban mis órdenes, quedé á solas con ella.

Nos mirábamos sin pronunciar palabra: yo, apoyado en la biblioteca y Paula siempre delante de la chimenea, con el codo sobre el mármol y la cabeza apoyada en la palma de la mano.

El carruage que habrán ido á buscar paróse delante de la puerta.

Di un paso hacia Paula y la dije:

—Adiós.

Se me acercó, y colocó en frente al alcance de mis labios. Parecía una hermana, que despedía á su hermano.

¡Y yo no era su hermano: yo la adoraba, sí la adoraba con toda mi alma!

Hacia una hora que estaba en mi cuarto, á mi lado, y, á pesar de mi frialdad aparente, no había cesado de admirarla repetiéndome cien veces;

«Nadie es más encantadora, más linda, más cumplida, más deseable» y, sin embargo, mis labios se estremecieron al tocar su frente abrasadora; sobre mi pecho sentí, durante un momento, el frote de su pecho y llegaron hasta mí los cálidos efluvios que se escapaban de todo su ser.

No pude más.

Con un brazo, enlacé su talle, procurando encorvarlo mientras apoyaba una mano sobre su cabeza, y mi boca descendía de su frente á mis labios.

¡Ah! Si hubiese respondido á esta última tentativa, á esta súplica desesperada, si sus labios se hubieran entreabierto para dejar escapar un suspiro, un soplo, si solamente hubiese intentado sustraerse á mis besos, defenderse, luchar!...

No, fiel á sus principios, mostrose también esta vez, como se habrá mostrado siempre. Su talle se dobló dócilmente, su cabeza se inclinó á la presión de mi mano, su boca no intentó huir de la mía: toda su persona permaneció insensible, inanimada, inerte, galvanizada, mejor dicho.

En vez de una mujer, tenía como siempre, un cadáver entre mis brazos.

En el acto todos mis ardores desaparecieron súbitamente, helado al contacto de aquel hielo, hui.

## XVII

Al día siguiente de esta escena, me encontraba en Marsella. No os asustéis, querido amigo, que no tendré la crueldad de haceros viajar [conmigo, aunque, por lo demás, quisiera que os negaséis á hacerse].

Los enamorados son malos compañeros de viaje; suspiran con más frecuencia que admiran, y yo he conocido á varios que, ante lugares maravillosos ó ante un museo resplandeciente de obras gigantescas, han cerrado los ojos para recojerse mejor y pensar en sus amores.

En Marsella me embarqué para Italia. Visité, ó mejor dicho, recorrí Roma, Nápoles, Florencia, Venecia, Milán, Turín y, tomando en Génova el camino de la Cornisa, volví á Francia, tres meses después de haberla abandonado.

En Niza me detuve. Antes de dirigirme á París, deseaba conocer á fondo el estado de mi corazón y consultar un poco el de Paula.

¡Pronto adiviné el estado del mío; aquella ausencia de tres meses, aquella vertiginosa carrera de ciudad en ciudad, no había hecho más que acelerar sus latidos!

Mi imaginación, que, como sabéis, era muy exaltada y

vagabunda en París, se entregaba entonces á desordenadas cavilaciones.

Había cometido una gran falta; porque cuando se desea recobrar la serenidad, la paz, y volver en sí, dominando alma y sentidos, no conviene ir á Italia, tierra clásica de los volcanes y de los museos secretos.

Pero ¿qué importaba tal recrudecimiento de ardores, si gracias á mi ausencia y al aislamiento en el cual había vivido, el corazón de Paula, se había puesto de acuerdo con el mío? ¿Qué queréis, querido amigo? Cuando se vuelve de Italia, no se duda de nada.

Hacia poco que la primavera había reemplazado al invierno: yo contaba con el sol de Abril para disipar las nieblas que se habían levantado entre mi mujer y yo, y fundir la nieve, en medio de la cual había preferido vivir hasta entonces. Y me decía:

«Todo, en este momento, canta el amor en torno suyo; debe haberse dejado conmovido por esa sublime armonía y querrá mezclar su voz á las del gran concierto, dado por la Naturaleza.»

Dispensad, amigo mío, el giro poético de esta última frase: es que Italia me fascinaba.

\*  
\* \*

Vuelvo á la prosa, para no abandonarla ya más; lo que me resta que deciros, ó mejor dicho, por dejaros adivinar, no merece, ni mucho menos, primores de estilo.

Frente á ciertas infamias, no está permitido el silencio; es preciso levantar mucho la voz para condenarlas. La in-

diferencia, el desdén, el silencio, las dan valor alentándolas; la sombra, las tinieblas que las rodean las hacen confiar en su impunidad; esas infamias se extienden, se engrandecen, prosperan, y llevan la vergüenza y el deshonor en torno suyo.

Es preciso combatir las á todo trance, sin temor de herir oídos delicados y despertar ideas dañinas. Sustentando ridículas preocupaciones, ocultando los vicios, tratándolos con cierto miramiento, desdeñando hacerlos resaltar, es por lo que llegan muchas veces, con el tiempo, á pasar por virtudes.

Si no hay quien se atreva á decir á un jorobado: «Tienes una joroba»; al enano: «eres deforme», el enano y el jorobado se crearán hombres hermosos.

¡Cuántas sociedades se han perdido por no haber hombres fuertes ó bastante autorizados para gritarles:

—«¡Tened cuidado, que acaba de brotar un nuevo vicio, una nueva lepra os amenaza!»

No estando prevenidas, no han podido defenderse, el vicio ha crecido, la lepra se ha extendido y ha hecho tales extragos, que cada uno, habiéndose convertido en leproso ó en vicioso, no se ha dado ya cuenta del vicio ó de la lepra de su vecino.

Pero, si bien pertenece al narrador ó al escritor, la misión de señalar y estigmatizar ciertas corrupciones, también lo es que debe hacerlo con una palabra, con un solo rasgo de la pluma.

Les está prohibido entretenerse en largas descripciones y en pinturas demasiado animadas. He aquí, querido amigo, por qué hace poco os he dicho tan pretenciosamente, que no me pondría más á poetizar el estilo, haciendo gala de los primores de éste.

No habréis comprendido, probablemente, mi violenta salida de tono, por cierto, algo prematura.

Y volvamos al asunto.

## XVIII

Al llegar á Niza, lleno de entusiasmo y esperanza, escribí á Paula una carta de las más conmovedoras; una de esas cartas tan apasionadas, que deben comunicar el fuego á todos los que la lean, y que cabe preguntar si no será peligroso, para la seguridad pública, enviarlas por el correo.

Al cabo de tres días recibí la contestación. Me había escrito á correo seguido: buena señal.

Me encerré en mi cuarto y la leí con recogimiento y atención profunda: no respondía á una sola palabra de lo que yo la decía: su carta no tenía relación con la mía. Me daba noticias de su salud, que dejaba mucho que desear, aseguraba ella, desde hacía algún tiempo.

Me hablaba de todo lo que había hecho en París, durante el invierno, de las comedias á la moda y de los conciertos y reuniones que se preparaban. Creo que se ocupaba hasta, incidentalmente, de las cuestiones políticas de actualidad. Dignábase, al fin, trasladarme los recuerdos de su familia y abrazarme afectuosamente.

Es cierto, y hay que hacerla justicia, que había escrito las cuatro carillas de la carta. Echando estas cuentas, debí

quedar satisfecho, y lo habría estado, si en vez de gozar del triste privilegio de marido, la casualidad me hiciera, en lugar de esto su tío, y no tendría que querellarme.

Aque.la carta era buena para escrita por una pensionista á sus abuelos, bajo la vigilancia de sus maestras, y muchas veces dictadas por estas.

Decididamente era inútil, por el momento, regresar á París, y elegí domicilio en Niza.